

20 de marzo de 2023 - Fiesta de San José

2Sam 7, 4...16; Rom. 4, 13...22; Mat 1, 16-24

Homilía

Una de las consecuencias del desarrollo de la psicología en nuestra época es que nos hemos vuelto muy atentos a todos nuestros estados interiores, escudriñándolos y analizándolos a veces hasta el extremo. Muchos de los grandes escritores modernos, especialmente poetas y novelistas, dedican mucho tiempo a describir sus propios estados interiores o los de los personajes de sus creaciones. Ahora bien, la Biblia en su conjunto, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, apenas se detiene en describir los estados interiores de los grandes personajes de la Historia de la Salvación. Por el contrario, la Sagrada Escritura describe esencialmente acontecimientos, acontecimientos salvíficos.

Probablemente por eso, cada vez que la Escritura quiere describir la percepción de alguien de su misión personal, o una decisión sobre esa misión, o una agitación interior previa a la aceptación de esa misión, siempre se describe como un acontecimiento, una acción, una intervención.

La percepción de María de su misión en el momento de su madurez física y espiritual, y su total aceptación de la misma, se describen con las imágenes de la aparición de un ángel. La conciencia de su misión personal que muchos profetas tuvieron en un momento determinado de su vida se describe a menudo con la imagen de un sueño. En el Evangelio que acabamos de leer, se describe así la conciencia de José de su misión en relación con María y el niño que lleva en su seno.

La conciencia de las mujeres y los hombres de la Biblia de su misión en el plan de Dios se experimenta casi siempre como la recepción no sólo de una misión, sino de una promesa. De hecho, las tres lecturas que acabamos de escuchar nos presentan una larga cadena de testigos unidos por una misma promesa que se transmite de generación en generación. La Epístola a los Romanos nos remite a la promesa hecha a Abraham de una numerosa descendencia. Abraham y José tienen esto en común: la paternidad se les da cuando menos lo esperan: a Abraham, la paternidad según la carne, cuando él y su esposa están avanzados en años; a José, la paternidad según el espíritu, cuando aún no ha tomado a su prometida, María, como esposa. Para ambos es una sorpresa. Ambos aceptan con fe el mensaje que se les da. Ambos, cada uno a su manera, son nuestros padres en la fe.

El vínculo entre Abraham y José es David, a quien se le promete no simplemente una descendencia numerosa, como a Abraham, sino una descendencia que le sucederá en el trono. Cuando Jesús nace, es, en el sentido más profundo, el "hijo de la promesa", ya que cumple las promesas hechas a Abraham, David y José. Los tres son nuestros padres en la fe, pues cada uno de nosotros es también hijo o hija de la promesa, en la medida en que Cristo es engendrado en nosotros y nosotros somos engendrados en Cristo.

Como dije al principio, la Biblia nunca se detiene a describir los estados interiores de los grandes testigos de la Historia de la Salvación. Tampoco describe las experiencias místicas que hayan podido tener. Cuando se describe su oración, incluso cuando los Evangelios describen la oración de Jesús, se trata siempre de palabras que expresan la aceptación de su misión. La palabra de María es muy sencilla: **Fiat**. La palabra de Jesús es igual de sencilla: **"Hágase tu voluntad"**. La palabra de José es, en cierto modo, aún más sencilla. Es simplemente acción. José no responde al ángel, sino que, como dice el Evangelio en esta frase increíblemente bella y sencilla: "Cuando José se despertó, **hizo** lo que el ángel del Señor le había ordenado.

La calidad de nuestra vida espiritual y de nuestra oración reside en lo que hacemos.

Armand VEILLEUX